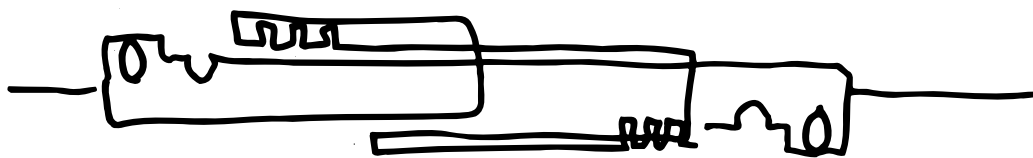


Retornar a la política

Sobre las relaciones PAN-gobierno o de la reconciliación como método de acción política

Rodrigo Guerra López



El escenario político de México y Latinoamérica es complejo. En pocos años hemos transitado de regímenes autoritarios a democracias formales, del optimismo neoliberal al resurgimiento de neopopulismos de derecha y de izquierda, del racionalismo ideológico —propio de la guerra fría— al pragmatismo irracionalista —propio de la cultura postmoderna.

Estos y otros “tránsitos” han desdibujado las coordenadas culturales que ofrecían certezas a muchas personas en la vida cotidiana, a muchas instituciones y a muchos líderes intelectuales y políticos. Los rostros firmes, serios y aparentemente seguros que adoptamos cuando se nos interroga sobre la situación de nuestra nación, ya sea en una plática de café o en un foro de solemne discusión, ocultan frecuentemente nuestras inseguridades, nuestra falta de categorías que permitan explicar una realidad sumamente cambiante, nuestra propia situación marcada por contradicciones personales e institucionales no resueltas. Dicho de otra manera: un signo de nuestro tiempo parece ser el desconcierto, el desencanto, la fragmentación.

Describir esto no pretende definir de manera exhaustiva el perfil de todos o de alguno de manera completa. Siempre podemos encontrar hombres y mujeres que descansan sus convicciones y sus acciones en valores firmes, en diagnósticos precisos, y en razones claras y rigurosamente fundadas. Sin embargo, no podemos negar que una parte importante de la sociedad, y una parte a veces importante de nuestro mundo interior, se define por trazos, por tendencias y por matices como los que de manera sucinta hemos anotado. Esto no se

debe a un particular pesimismo de quien aquí escribe sino a un fenómeno de hecho que los filósofos y los sociólogos gustan de caracterizar con el nombre de: crisis de la modernidad.

En efecto, la crisis del paradigma racionalista-ilustrado que marcó al mundo desde hace cuatrocientos años, es hoy muy patente. Los estilos de vida más o menos homogéneos que caracterizaron a las generaciones de nuestros padres y abuelos han cedido a la hibridación, al decentramiento, a la incorporación de lenguajes de la más diversa procedencia, sin una clara conciencia de los referentes que podrían darles unidad. Una suerte de barroco sin fundamento no solo se presenta en los signos y símbolos del espacio público sino que pareciera configurarse como matriz mental, sin generar, por otra parte, una particular angustia.

Alejandro Llano, en uno de sus libros más cuestionantes, anota sin mucho empacho que “lo peor de nuestras ‘certezas’ es que no eran verdad. Tenían, indudablemente, elementos verdaderos de los que en buena parte aún seguimos viviendo. Pero no se atenían a la realidad de las cosas, sino a nuestros afanes de poder, a nuestras ansias de perfecta autonomía, a nuestro rechazo del misterio que cada ser humano esconde”.¹ Ahora, en un mundo sin grandes certezas, se abre el espacio para buscar nuevamente la verdad... o para afirmar la voluntad de poder sin vínculo con la razón como criterio arquitectónico superior.

¹ A. Llano, Humanismo cívico, Ariel, Barcelona 1999, p. 58.

1. La crisis del poder de los “hombres del poder”

La dinámica de los partidos y de los gobiernos se encuentra marcada de manera sustantiva por la crisis de la modernidad. Partidos y gobiernos (gobiernos tal y como están configurados hoy) son criaturas nacidas precisamente bajo éste paradigma.

La lógica del poder propia de la modernidad con cierta facilidad mina las mejores intenciones, los mejores proyectos y los más nobles principios doctrinales de quienes poseen algún tipo de potestad. ¿A qué me refiero? El poder en el mundo moderno-ilustrado se definió de manera auto-referencial. Esto quiere decir que la razón se volvió medida de sí misma. La razón con una liberalidad pasmosa prefirió vivir en el mundo de las certezas en vez de ordenarse al mundo de las verdades. Este fenómeno logró tal refinamiento durante el siglo XX que tanto por la vía de las denominadas “derechas” como por la vía de las denominadas “izquierdas” se afirmó –con diversos lenguajes– la primacía del sujeto-autónomo-con-poder como el auténtico “sujeto de la historia”. Los millones de personas que pasaron al mundo de lo “irrelevante” por no “triunfar” en términos de eficacia transformadora no basaron para cuestionar a los déspotas ilustrados que con plena seguridad ejercieron el poder autocerciorándose. El término “autocercioramiento” es una palabra elegante para decir algo mucho más prosaico: los hombres del poder de modo casi automático, al momento de obtenerlo, se consideran poseedores de una perspectiva especial, de una sabiduría práctica inédita, de una seguridad subjetiva que avala, que legitima, toda decisión.

Tuvo que ser el dolor, el sufrimiento y la muerte de muchos, los que despabilaron por breves momentos la racionalidad autofundada, autolegitimada, autocerciorada. En efecto, los campos de exterminio de la segunda guerra mundial, la tortura y la desaparición forzada de muchas personas en los regímenes autoritarios de América Latina, y la voz entrecortada de algunos maltrechos sobrevivientes, permitieron que surgieran espacios adecuados para reproponer que la razón y el poder deben estar normados por criterios metapolíticos. Así fue como surgieron realidades como la Declaración Universal de los Derechos Humanos o el Pacto de San José. De hecho, con anticipación a estos hechos crudelísimos, Manuel Gómez Morín, también había percibido la dimensión pedagógica del dolor. El dolor educa a la razón y la hace abrirse a valores metapolíticos que de otra manera son difíciles de percibir con toda su hondura existencial.²

Sin embargo, la memoria del dolor suele ser muy frágil. En América Latina no ha sido extraño que los antiguos opositores a los regímenes autoritarios terminen absorbidos en las burocracias estatales de gobiernos alegremente reproductores de los errores y defectos que originalmente se pretendían combatir. Así mismo, hoy no es particularmente raro mirar iniciativas de ley que pretenden erigir como criterio metapolítico aún acciones abier-

tamente contrarias a la justicia y a la dignidad humana. Los derechos humanos que estaban llamados a ofrecer un fundamento firme a las democracias se encuentran en proceso de erosión cuando los mayoriteos irreflexivos los transforman en edictos de tolerancia revocables.³

La insuficiencia teórica y práctica de la modernidad ilustrada, que alimentó a “derechas” e “izquierdas” por igual durante el siglo veinte, hoy se combina con la ya mencionada reacción postmoderna, es decir, con la renuncia al pensamiento, a la fundamentación y con la prevalencia del pragmatismo aparentemente ordenado a la efectividad pero profundamente desorientado por la ausencia de un reino mínimo de fines.

Estos gruesos trazos describen parte de la crisis del poder de los “hombres del poder” en la actualidad. Ahora bien, ¿cómo se encuadran Acción Nacional y sus militantes-en-el-poder al interior de este contexto?

2. El Partido Acción Nacional: su origen filosófico

La certeza es la seguridad subjetiva al momento de juzgar. La certeza per se no es enemiga de la verdad. Al contrario, la seguridad en el juzgar es fundada cuando se basa en lo que las cosas son, en la verdad que portan. Lo lamentable de la modernidad ilustrada es que fracturó la relación apuntada e hizo de la certeza desvinculada no sólo un criterio teórico para hacer especulación sino un criterio práctico para hacer política. Cobrar conciencia de esto, y reaccionar para reproponer un horizonte mayor que el de las certezas al momento de luchar a favor de México, es el origen del Partido Acción Nacional.

Esta no es una afirmación romántica. La revisión cuidadosa de los textos y de los hechos de los fundadores permite develar que aunque cada uno posee un lenguaje propio, sin excepción todos deciden trabajar por construir una política diversa que esté al servicio de valores y principios que se encuentran más allá del poder. No es el momento de historiar a estos hombres. Sin embargo, al menos vale la pena mencionar a modo de ejemplo, que en personajes como Efraín González Luna, estos referentes metapolíticos están claramente identificados con los preceptos del derecho natural. En otros, como Manuel Gómez Morín, serán afirmados como valores del espíritu. En cualquier caso, una visión trascendente de la persona humana, como síntesis corpóreo-espiritual destinada a una vocación superior, campea como línea argumentativa fundamental. A la luz de ella, nociones como “nación”, “bien común” o “cultura” adquirirán un perfil denso y harán del Partido un esfuerzo institucional por reconstruir el poder en función de estas realidades superiores y no para servirse de él.

De esta manera, Acción Nacional, desde el punto de vista de su origen “filosófico” no se suma acriticamente a la voráGINE moderno-ilustrada, que en México poseyó como eximio representante al liberalismo revolucionario y a su Partido, el PRI. Al contrario, el PAN, a contracorriente, concibe que el Estado debe estar al servicio de la nación,

² Véase, M. Gómez Morín, 1915 y otros ensayos, Jus, México 1973, p.p. 30-31.

³ Cf. R. Spaemman, *Lo natural y lo racional*, Rialp, Madrid 1989, p. 90

y no viceversa, que el bien común ha de ser el conjunto de condiciones para el desarrollo material y espiritual de las personas y que el Derecho ha de definirse prioritariamente por lo justo y no por lo arbitrario.

Por el abuso de textos de panistas egregios a los que nos tienen acostumbrados numerosos discursos, me resisto a colocar frases célebres en este tipo de reflexiones. Sin embargo, al cobrar conciencia del peculiarísimo perfil del PAN, vale la pena recordar al menos una indicación de Manuel Gómez Morín en su Informe a la VIII Convención Nacional: “Mientras [la acción ciudadana promovida por el PAN] más se acerque a su propósito, a la realización de sus objetivos, más firmes deben ser los núcleos que le den forma, que la orienten, que la defiendan y le den ímpetu y la hagan valer. (...) Porque el Partido auténtico no es asociación de políticos profesionales, sino de ciudadanos, de mujeres y hombres que entienden su deber de no mutilarse, sino de sumar a sus inclinaciones, a sus preferencias, a sus obligaciones de trabajo y de familia, a sus estudios, a sus sueños, la gestión del bien común, las labores que derivan del amor a su ciudad y a su patria, las preocupaciones y la actividad que resultan de contemplar la angustia del hombre en un mundo azotado por el desamparo y la mentira, por el apetito y la violencia”.⁴

Este exhorto tiene varios elementos: en primer lugar la vinculación entre los ciudadanos en movimiento y el Partido; en segundo término, el énfasis puesto en los “núcleos” que le han de dar forma a esta acción cívica, y en tercer lugar, la aclaración explícita de que el PAN ha de ser un espacio natural en que el ciudadano común encuentra una posibilidad para ejercer su responsabilidad por México. Si prestamos atención al texto, la intuición de que el Partido, éste Partido, ha de ser acción ciudadana, acción nacional, es muy honda.⁵ Parece que Gómez Morín advierte que el PAN no puede ser un nuevo segmento de la élite sempiterna que se ha repartido el poder en México por largo tiempo. El PAN ha de estar constitutivamente anclado y definido por la nación, que es el pueblo real, en cuanto poseedor de historia que lo vincula y destino que lo convoca. El PAN, y sus militantes, deben estar definidos por valores y principios que nunca son abstractos, que siempre tienen rostro concreto en nuestro pueblo real. Muy posiblemente los “núcleos” a los que Gómez Morín hacía referencia, sean precisamente este tipo de cuestiones.

3. Desde el Partido o desde el gobierno: todos panistas, todos frágiles y vulnerables

La historia de Acción Nacional no es la historia de la perfecta homogeneidad, de la perfecta amistad, o de la

perfecta congruencia. La política es acción contingente, práctico-práctica, y sujeta a los límites crudos de la condición humana real.

Acción Nacional, y cualquier partido con un mínimo de comprensión sobre la naturaleza de la política, no ha pretendido jamás estar exento de tensiones, dificultades y flaquezas. Por ello, tal vez una primera cuestión a entender al momento de meditar sobre las relaciones entre el Partido y el gobierno es precisamente esta: la verdad, el bien y la justicia no están por definición asociadas al Partido o al gobierno. Así mismo, la mentira, el mal, la injusticia no son patrimonio exclusivo de alguien sino una posibilidad real en todos.

Las características culturales del momento epocal que nos toca vivir hacen de la frágil condición humana un escenario para algunos temas y problemas especiales. La ya mencionada distorsión que ha experimentado la racionalidad y el poder en la modernidad con facilidad enrarecen la acción política. Así mismo, el nuevo irracionalismo que intenta compensar esos excesos, alcanza frivolidades realmente extremas. ¡Los panistas en el Partido y los panistas en el gobierno no estamos fuera sino dentro de este contexto!

Sin embargo, el reconocer esta situación no debe interpretarse de ningún modo como justificación o legitimación de la misma. Al contrario, el reconocer esta situación es solo la mitad de la cuestión. La otra mitad, la constituyen precisamente los motivos profundos por los que Acción Nacional existe.

En efecto, la vida de todos los militantes es tensión entre el hecho y el deber, entre la fragilidad humana y la perenidad de los ideales, entre la fuerza centrípeta del yo déspota capaz de lastimar la dignidad de las personas, y la fuerza moral que posee el aspirar a una vida buena para todos. Entre el hecho y el deber, el PAN escoge trabajar en función del deber (y sin perder de vista, jamás, el hecho).

A diferencia de otros partidos que han nacido explícitamente como maquinarias para obtener y reproducir poder, el PAN existe principalmente por un motivo ético, por una indignación moral, por un deseo de fidelidad a algo allende el poder (que requiere, sin embargo, de poder). Esta identidad, esta justificación de origen, no deben obviarse pero pueden obviarse.

Hace unas semanas, platicando con un encumbrado servidor público federal, me atreví a comentar la importancia que tiene el gobernar en fidelidad a los principios de doctrina del PAN. La reacción fue inmediata: “la doctrina del PAN – me dijo poniendo su rostro más adusto – es un asunto de vida privada. En el gobierno federal debemos gobernar para todos”. Evidentemente un servidor público debe gobernar para todos y no sólo para los que votaron por él. Este es un asunto incuestionable. Sería una traición y una contradicción el seleccionar a unos y marginar a otros al momento de intentar construir auténtico bien común. Sin embargo, esto no significa que los principios de doctrina sean una mera “inspiración” para la vida privada. El Partido busca de manera deliberada llevarlos como arquitectura fundamental para sus gobiernos. Si esto no se

⁴ M. Gómez Morín, “Informe a la VIII Convención Nacional”, en Manuel Gómez Morín, constructor de Instituciones (Antología), FCE, México 1997, p.p. 304-305.

⁵ Muchos otros textos podrían ejemplificar esto mismo. De hecho, algunas de las tensiones históricas al interior del Partido, pueden ser caracterizadas precisamente como las tensiones entre quienes conciben la política como una oportunidad para conquistar el poder y quienes la conciben como un instrumento para colaborar con la salvación de la sociedad, de la nación. Cf. S. Loaeza, El Partido Acción Nacional: la larga marcha, 1939-1994, FCE, México 1999, Cap. IV.



hace, tomar el poder significa derogar la causa del Partido. Si esto no se hace, el Partido debe de llamar la atención de su militante para que asuma su responsabilidad ética, política e histórica. En casos como este, el Partido no solo tiene el derecho sino la obligación de fungir como una conciencia vigilante. De ello, depende en buena medida, la credibilidad de este instituto político.

Sin embargo, también existen los casos inversos en los que los responsables del propio Partido claudican a sus convicciones más queridas en nombre del pragmatismo, del "qué dirán" y de otras cuestiones aún más bajas. En estos casos, ¿qué es lo que procede? ¿Cómo se debe actuar? Si somos atentos al razonamiento que hemos ido construyendo la respuesta no es compleja: no hay excepciones, a todos nos obliga por igual la dignidad humana y la lucha por el bien común.

Ahora bien, no todas las cuestiones ponen en riesgo de igual modo los valores fundamentales del Partido. Es importante distinguir entre las discrepancias de orden estratégico o táctico, y las traiciones a lo fundamental con responsabilidad ético-jurídica. La normatividad interna del Partido es en buena medida expresión de esta conciencia.

4. La necesidad de un retorno político a la política

Muchas de las tensiones existentes entre el Partido y el gobierno (en sus diversos órdenes) surgen por las afinidades grupales, los proyectos políticos de algunos, los afanes de imponer la propia visión sobre la de otros. Este tipo de fenómenos son ordinarios, no extraordinarios, al interior de un grupo político. Lo importante es mantener claridad sobre lo esencial que debe vincularnos a todos a pesar de las diferencias. Lo importante es entender que la política, como actividad esencialmente moral, exige la posibilidad de la reconciliación y del recuento como método.

Cuando los agravios son tan grandes como para que la reconciliación y el recuento sean imposibles, quiere decir que: a) se han violentado los principios fundamentales de tal modo que no es posible una reconciliación sin restauración del bien dañado; o, b) se han endurecido los afectos a tal grado que aunque objetivamente exista una base común para continuar trabajando juntos, el orgullo —como vicio— es mayor que la necesidad de mantenerse unidos.

El primer caso no lo comentamos ya que se resuelve recordando los fundamentos de la acción justa y de las

virtudes que han de operar al momento de haber sido víctimas de un daño. El segundo caso, es mucho más complejo, y desde mi punto de vista, mucho más frecuente. La dinámica propia de la política forja personalidades que por motivos elementales de supervivencia deben aparecer como fuertes, como firmes, como seguros de sí —aunque no lo sean—. Esta dinámica, al estar sumergida en la crisis moderna, fácilmente deriva en la presunción, la vanagloria, las poses de poder, y eventualmente, al surgir algún conflicto, en la dureza de corazón que impide reconocer las propias culpas y pedir perdón sincero de manera proactiva y sin esperar a que el otro haga lo mismo, es decir, en el orgullo.

Desde un punto de vista ético, el orgullo es un grave vicio moral que deforma gradualmente la conciencia, destruye a la propia persona y a las personas que la rodean, especialmente, a las más queridas. El político que deja crecer el orgullo en su persona fácilmente deteriora su vida familiar y la relación con sus amigos. La amistad, en estos casos, se disuelve o se vuelve pura conveniencia utilitaria. El orgullo es una forma de des-gobierno personal, de anarquía interna, que además de vulnerar la conciencia y el núcleo afectivo de la persona, disminuye la efectividad en la acción.

En efecto, además de sus consecuencias morales, el orgullo en el político, produce consecuencias que afectan estrictamente la viabilidad de una empresa auténticamente política, auténticamente gestora de bien común. Existen varias razones de este fenómeno dentro de las cuales destaca la siguiente: las virtudes que se ejercen en la vida pública se cultivan en la vida privada. Cuando la propia razón se vuelve autoreferencial, cuando la inflación del propio yo eclipsa los motivos para pedir perdón, el reconocimiento de la realidad se vuelve torpe, se vuelve confuso y termina colapsándose. Existe una vinculación muy sutil y muy estrecha entre el perdón y el realismo. Solo se pide perdón cuando se reconoce la realidad íntegramente y se acepta con humildad que es mejor andar en verdad que no hacerlo. Negar la realidad e inventarla para que me complazca es el camino seguro para lograr el perfil del déspota. El orgullo inculca aún a las acciones buenas y las torna en vanidosas, en superfluas. Esto incide en la configuración real del bien común. El bien común no es el mero esfuerzo técnico por satisfacer ciertas demandas sociales sino que principalmente es un bien que se edifica



desde la bondad auténtica, desde la virtud que hace a la persona buena. En una palabra, para hacer bien común no basta con hacer cosas buenas, es preciso además ser buenos. La pura exterioridad de la acción “buena” se derrumba cualitativamente –y a veces hasta materialmente– cuando no está sostenida por la bondad personal, por la virtud real.

La política es una ciencia y un arte. Además, puede ser una vocación y un carisma. No es aquí el lugar para explicar estas cuatro dimensiones constitutivas de la política. Para los fines de esta exposición basta recordar que la política si bien exige pericia en el actuar, perspectiva estratégica, organización del esfuerzo, no es sólo esto. En el Partido Acción Nacional ha existido, desde su fundación, la conciencia de que la política en sentido estricto, en sentido humanista, ha de estar edificada desde la congruencia de vida y orientada hacia el bien común. Todas las definiciones de ella que incluyen la capacidad de lograr acuerdos, de soportar incomprensiones, de realizar lo posible en términos prácticos, se subordinan a los elementos éticos que le dan forma humana.

Por ello, más que un recetario de medidas para normar las relaciones Partido-gobierno, lo que urge es entender la impostergable necesidad de educar la inteligencia y el corazón para la política. Retornar a la política significa re-educarnos para trabajar sin ingenuidades, re-educarnos para servir bien a la cosa pública, re-educarnos para lograr subordinar el poder a la conciencia y la conciencia a la verdad.

Para este cometido no bastan los exhortos más o menos encendidos. Se precisa el paciente acompañamiento personal, el estudio y la atención cuidadosa al destino definitivo de la vida. Este tipo de tarea no es glamoroso, no luce como los refulgentes “liderazgos” que obtienen victorias supuestamente “políticas”. Sin embargo, es la única manera real de consolidar el Partido y sus gobiernos. El Partido no es fuerte por sus grandes planes, por sus grandes triunfos, por sus grandes jefes. El Partido es fuerte por la gente buena y capaz que logra convocar para la acción. Lo mismo sucede en el gobierno. No se puede gobernar bien sin gente buena, bien preparada, que privilegie la bondad sobre la astucia, la verdad sobre el engaño, la abnegada vida honesta sobre la parafernalia de quienes se regodean en el pequeño-gran poder que ejercen. Este es el sentido humanista de la política. Esto es lo que puede

seguir haciendo diferente a Acción Nacional...

Las dificultades en las relaciones PAN-gobierno siempre existirán. Realmente ese no es el problema de fondo. La cuestión crítica es: ¿somos capaces de caminar juntos sin destruirnos? ¿Seremos capaces de elevar la mirada y apelar afectiva y efectivamente a los propósitos más elevados por los que Acción Nacional justifica su puesto en la historia? ¿Quién es el primero dispuesto a pedir perdón, luego de agravios, luego de jugarretas, luego de ofensas y señalamientos? ¿Será posible que la lógica del puro poder ceda ante la lógica de la auténtica política, de la sincera lucha por la pólis y su bien?

Pienso por un momento en las tensiones a nivel municipal, estatal o federal y sus respectivas contrapartes partidistas. Pienso en la desconfianza que se siembra luego de una controversia, justificada o no, entre panistas. ¿No será ya el momento de darle una nueva oportunidad a los fundadores, a su visión, a su idealismo y buscar la reconciliación antes que la confrontación? ¿Será desacertado aspirar a ello? ¿No será más bien una gran torpeza ética y política el aplastar tales ideales y privilegiar las razonadas sinrazones de los puros juegos de poder?

“Ganar el gobierno sin perder el Partido” es una frase de Felipe Calderón que se repite por doquier. Tal vez hoy sea necesario añadirle algunos corolarios que permitan expresar sus múltiples implicaciones: hacer unidad de Partido para no perder los gobiernos; ejercer el gobierno sin lastimar al Partido; actuar como Partido sin boicotear al gobierno; Ser gobierno sin dejar de ser verdaderos militantes de un Partido; etcétera...

En resumen: en todos los órdenes de gobierno y niveles partidistas es urgente reconocernos como una misma realidad política y humana que intenta desde dos ángulos lograr un mismo fin que es el bien de México. El mutuo reconocimiento, la corresponsabilidad activa, y la unidad a partir de una doctrina común deben hacer que no sólo en navidad, el discurso y el propósito panista sea efectivamente solidario y reconciliador. Esto sí es hacer política, aunque a los enemigos de México les parezca manifiesta ingenuidad o insulso candor. ■